

jos. Si nos encontrábamos cerca de ellos, al vernos, y aun antes de que su cabeza llegase á la superficie, exhalaban un terrible mugido, y haciendo saltar el agua á chorros en su rededor se sumergían despues de una larga aspiracion.

Inmensas bandas de grullas de Numidia cubrian aquellos parajes, ó bien alzando el vuelo, formaban verdaderas nubes. Numerosas pintadas corrian por las orillas, y al vernos cerca huían al bosque, posándose en los árboles, para mejor acecharnos.

Las palmeras-dums y las palmeras-datileras dejan de verse desde Kartum en adelante, á escepcion de algunas que vimos en las inmediaciones de Kamyn y Quad-Medina. Las acacias de diferentes especies, entre las que figuran las que producen la goma, forman el fondo de la vegetacion; y algunos tamarindos dominan estos bosques, que se dilatan cada vez mas á proporcion que se avanza hácia el Sur.

Partiendo de la desembocadura del Abu-Ahraz ó Rahad, la mejora del reino vegetal es muy notable, y las especies son tambien mas variadas. Un nuevo árbol empieza á dejarse ver: su aspecto es extraño, pero se conoce que no está todavía en su verdadera patria, que se halla mas al Sur. Allí no se ven sino muestras atrofiadas de este curioso vegetal; no obstante, estos pocos árboles raquíuticos y cariados, son gigantes en medio del circunvecino bosque: éste árbol es el baobab, llamado aquí *gongoloss*. Ya tendremos el placer de observarlo en los lugares en que se desarrolla en toda su colosal magestad.

A medida que el reino vegetal crecia en riqueza, el animal adquiria mayor variedad. Aparte de la multitud de animales que acabamos de mencionar, empezamos á ver en las orillas del rio monos y pintadas en número bastante considerable. Dijéronnos que los bosques espinosos que rodean las orillas abundan en leones, panteras, hienas, chacales, etc. Estos bosques se estienden hasta perderse de vista sobre un suelo no muy desigual; pero hay en ellos numerosos vacíos que en último resultado ocupan casi tanto espacio como ellos mismos.

A la vista de Quad-Medina nos fue preciso pasar una noche turbulenta, pues los habitantes se habian sublevado contra el gobierno de los conquistadores egipcios, y hubimos de pernóctar en nuestra embarcacion.

Esta noche, que pasé en observacion sobre el puente, fue una de las primeras en que sentí un poco de fresco. El viento llamado siroco, simoun ó kramsine, segun su grado de violencia y los países en que se produce, viene siempre de una region árida y ardiente, cuya viva reverberacion, que nada mitiga, la calienta poderosamente. Pero á medida que se penetra en regiones en que la vegetacion recobra su imperio, los calores escepcionales se atenúan (salva la canti-

dad de calor circundante relativa á la latitud) en razon del mayor ó menor espesor del tapiz vegetal que se opone al desarrollo del calórico.

Al dia siguiente vogábamos por el rio, y la mañana era apacible. Las aves revoloteaban en los árboles que se inclinaban hácia el rio, y hacian oír, no diré cantos melodiosos, sino gritos de alegría; las pertenecientes á las especies acuáticas daban grandes saltos; miraban deslizarse el agua, ó sacudían sus alas al sol matinal; otras se miraban en los charcos de agua tranquila entre las piedrecillas. Los monos corrian del bosque á la orilla y de la orilla al bosque, y trepando ágilmente por los árboles, se ponian á sacudir enérgicamente las ramas que sostenian, haciendo mil visages, rechinando los dientes, y al fin se alejaban si nos veían demasiado cerca. Las cotorras mezclaban sus chillidos con los de los monos; otras aves de brillante plumaje se cernian sobre nuestras cabezas, ó revoloteaban aquí y allí; toda la naturaleza parecia feliz; todo era alegría y movimiento; pero un incidente entristeció de improviso este hermoso cuadro.

Vimos venir un objeto oscuro, del volumen de un hombre, flotando sobre el agua á merced de la corriente. ¿Qué era aquel cuerpo negro, de siniestro aspecto, que apenas reconocíamos aun? Todos se levantaron para observarlo, y algunos se disponian á detenerlo al paso. El cadáver de un negro, de repugnante aspecto, se ofreció en breve á nuestra vista: todo su cuerpo estaba terriblemente hinchado. En medio de su voluminosa cabeza veíanse dos puntos negros y una parte blanquiza y lívida: estos puntos eran el lugar de sus ojos abultados, y sus labios caídos formaban la parte blanca y lívida. Algunos peces que le perseguían chocaban de tiempo en tiempo sus mandíbulas, como si en ellas esperasen hallar algun alimento. Horroroso era aquel cadáver; pero al fin eran los restos de un ser humano.

«Es preciso detenerlo y conducirlo á la orilla, dije yo, para que se tomen informes y luego se le dé sepultura.»

—¡Bah! exclamaron nuestros tripulantes, unos volviendo á sentarse, y otros dejando los instrumentos de que al principio se habian armado.—Era un negro, un esclavo, y nadie se ocuparia de esto, ni la justicia ni el público, y su cadáver infectaria la orilla, en lugar de servir de pasto á los peces.»

Era quizá un esclavo muerto por su amo, hecho bastante frecuente, por desgracia, en el país, y que, aunque contrario á las leyes del Alcoran, nunca llama, sin embargo, la atencion de la justicia.

Diferentes naturalezas de bosques.—Encantadores retiros.—No hay rosas sin espinas.—Medio de preservar las cosechas.—Salvaje belleza de los bosques vírgenes y sus numerosos huéspedes.—Perplejidades nocturnas.

En la mañana del 1.º de marzo, despues de pasar de Saba-Duleb, aldea llamada así porque, segun dicen, es la en que se halla el primer duleb que se encuentra subiendo al Sur; muchos de nuestros marineros salieron en busca de algunas provisiones. El primero que volvió nos dijo que habia cruzado las huellas de un leon; otro que luego vino nos anunció que acababa de ver un leon que se llevaba un carnero.

Al oír tal nueva, asáltome el deseo de salir tambien. Esto no quiere decir que yo me propusiese medir mis fuerzas con las de un leon, sino que tenia un vehemente deseo de ver en libertad á este rey de las selvas; no obstante, me pareció oportuno meter una bala en el cañon de mi escopeta. Mis camaradas intentaron disuadirme de mi intento, diciéndome que era una temeridad, una imprudencia inútil; pero yo les respondí que viajar para no ver tampoco es muy útil. Por lo demás, si mi propósito no era arrostrar el leon, me prometia, en el peor evento, hallar alguna caza menos peligrosa, que me indemnizase de mi excursion, y procurase algun beneficio á nuestra cocina; así, pues, me encaminé al bosque.

El viento no era favorable á la navegacion, y al marchar á pie en la direccion del rio, sin seguir sus rodeos, debía necesariamente ganar mucho trecho sobre las barcas y alcanzarlas fácilmente al caer la tarde. En los parajes altos, el bosque es poco espeso y está entrecortado por grandes claros y hasta por partes desnudas; pero en los sitios bajos es admirable.

Avancé un poco al azar, y despues de recorrer una parte bastante monótona, la naturaleza cambió de aspecto; aparecieron los contrastes, el bosque se ensanchó, y encontré en todas direcciones grandes trechos, unas veces áridos, otras cubiertos de un musgo alto pero seco, y caprichosamente decorados de árboles formando grupos ó aislados. El bosque en este sitio ofrecia el aspecto de un jardín inglés descuidado; en otras partes presentaba un carácter diferente. Los árboles estrechándose entre sí y levantando perpendicularmente sus troncos, parecían columnas que sostenian bóvedas de follaje; en estos lugares el suelo es llano y se halla completamente desnudo de vegetacion menuda; otras veces, las ramas, en prodigiosa cantidad, avanzan y se cruzan en todos sentidos, ya por encima de la cabeza, ya al nivel mismo del suelo, siendo imposible en tales casos caminar en pie, y haciéndose forzoso imitar á los reptiles, para ganar terreno. En estos parajes son innumerables los pájaros, y no hay cosa tan singular, tan estraña para los oídos europeos como los gritos y

la algaravía de los animales que pueblan aquellas enramadas.

Estos bosques no son absolutamente inhabitables para el hombre, pues en ellos se encuentran algunas veces grupos de cabañas de construccion pintoresca, habiéndose escogido para establecerlas los lugares en que los troncos de los árboles, convenientemente aproximados, presentan por su posicion relativa, una especie de recinto natural. Los indígenas llenan los intervalos con hojarasca, cañas ó esteras, y forman por este medio pronta y sólidamente el circuito de una habitacion; suspéndese luego el techo de las ramas, y se completa con el follaje de los árboles que la ponen á cubierto del sol. Algunos espacios desnudos se cultivan alrededor de estas habitaciones: el terreno, negro y blando, es sumamente fértil y no necesita riego, porque la humedad y el calor tropical aceleran considerablemente el desarrollo, siendo muy breve el espacio de tiempo que media entre la siembra y la recoleccion.

La deliciosa sombra y la maravillosa naturaleza que rodean campos y cabañas, convierten estos hermosos parajes en edenes encantadores. ¡Pero no! Tambien el pecado original ha pasado por allí. Los monos y la multitud de aves que en tales sitios pululan y embellecen aquel paraíso, son al mismo tiempo el azote que aleja de él al hombre. Los monos abundan de tal manera, que la vigilancia mas esquisita no preserva de sus robos y de su pillaje, no estando exentas de ellos ni aun las casas. Si el hombre vuelve la espalda á su puerta, no bien defendida, ó por poco que de ella se aleje, los monos se introducen furtivamente en su vivienda, se apoderan de lo que á mano encuentran, y aun de lo que está escondido, pues saben descubrir las provisiones y llevárselas con asombrosa destreza. Si uno de ellos es sorprendido en el momento de cometer su hurto, se agazapa detrás de cualquier objeto, y no bien el dueño pasa el dintel de su puerta, ó antes, se escapa con el rabo entre piernas, y salta á los árboles con su igual agilidad.

La muchedumbre de aves es un azote tan terrible para las mieses como el mono. Para protegerlas contra tales enemigos, cuando llegan á sazón, el cultivador se ve precisado á recurrir á un medio singular: levanta en medio de su campo sobre tres ó cuatro estacas una tosca andaminada bastante alta para cubrir todo el espacio que se trata de proteger. Esta maquinaria tiene un tablero al que se sube por medio de nudos ó trozos de rama que sobresalen de una de las estacas, y un toldo de hojarasca lo defiende del sol. De esta andamiada parten unas cuerdas delgadas que se atan á unos palos á propósito ó á los árboles inmediatos, y de ellas penden varios objetos propios para espantar los pájaros. El vigilante permanece en su andamiada, sin dejarla un momento

desde el amanecer hasta que cierra la noche; y desde allí, como una araña en el centro de su tela, agita de tiempo en tiempo las cuerdas y los espantajos que alejan las bandadas de alados ladrones. Sin estas precauciones ninguna cosecha llegaría á sazón; y á pesar de todo, no pocas veces sufren mucho.

A la caída de la tarde esperé cerca de la orilla la llegada de las barcas, para refugiarme en ellas.

Este día, pasado enteramente en medio de los bos-

ques, lejos de fatigarme, me ofreció tales atractivos, que me apresuré á renovar mi escursion desde el amanecer del siguiente. El viento seguía siendo poco favorable, y las barcas avanzaban lentamente; y como esta circunstancia secundaba mi proyecto, salté á tierra.

La orilla, en este rio, como en otros muchos de las inmediaciones, se levanta escarpada á unos veinte metros; la altura llega á ser mas considerable, y



Baile de los camelleros.

como me ví en una meseta medio cubierta de una vegetacion bastante mezquina, que iba á dejarme espuesto á todo el calor del sol tropical, casi sentí haber abandonado la barca. No obstante, despues de marchar algun tiempo por esta meseta, eché de ver que me hallaba en su declive, y continué avanzando sobre un suelo que iba bajándose gradualmente, y encontré la vegetacion cada vez mas vigorosa. Los árboles espinosos reemplazaron á otros mas altos, y cuyo follaje era mas lozano; poco á poco ví formarse sobre mi cabeza una especie de bóveda de verdor, que llegó á ser tan espesa que apenas penetraba por

ella la luz del sol. Esta oscuridad daba al bosque un carácter singularmente magestuoso, hasta que al fin su aspecto fue tan sombrío y salvaje, que casi era pavoroso. Avancé no sin temor, por debajo de aquella techumbre vegetal, poblada de toda clase de animales. Momentos hubo en que me pareció que mas bien caminaba por las profundidades de una gruta, que por un bosque. Por otra parte, una infinidad de troncos, de plantas rastreras y otras, se agrupaban enlazándose de mil maneras, siendo indescriptible la confusion de tallos y ramas. Aquí, los cactus se levantan, se deprimen, se tuercen en todos sentidos

serpentean á modo de culebras al través de los demás árboles, y al fin dejan caer sus largas y flexibles ramas en dilatadas líneas ó en largos festones que se estienden de un árbol á otro. Allí se ve un árbol que abrumado bajo el peso de los demás vegetales, deja penetrar un haz de rayos oblicuos del sol. Mas allá se encuentra un bosquecillo de matorrales secos, grupos de troncos muertos, procedentes de los árboles que han sucumbido á su decrepitud; pero por lo regular

estos troncos no son sino fantasmas, pues están de tal manera descompuestos por el tiempo, que al acercarse á ellos caen convertidos en polvo y en pedazos porosos, dejando espedito el paso allí donde parece que lo interceptan poderosos obstáculos: solo la corteza les da una apariencia de solidez.

En otras ocasiones se descubre una red de alamedas desnudas de todo verdor, tortuosas y cubiertas de despojos y hojas muertas; la mayor parte no tiene



Mezquita en su forma mas sencilla.

salida, y si no se tiene cuidado de consultar las que han sido trazadas por los animales, es preciso retroceder. La bóveda de frondosidad, de 4 ó 5 metros de altura, es tan espesa, que apenas presenta claros por donde pueda introducirse la luz, y cuando por una ú otra causa se produce un vaeo en esta masa, y el aire y el sol logran penetrar, la vegetacion menuda se apodera instantáneamente del suelo y lo cubre de una verde alfombra.

No se encuentra ninguna choza, ningun sér humano; esta naturaleza presenta una grandeza melancólica que eleva el alma; pero en ciertos momentos

reina una especie de aturdimiento por los gritos de toda clase y los movimientos precipitados que ocasiona la presencia del hombre. Multitud de monos chillan, se persiguen y saltan en todas direcciones de rama en rama, de árbol en árbol, mientras las aves revolotean á izquierda ó derecha, para hacerles lugar. De tiempo en tiempo una bandada de pintadas huye estrepitosamente de algun matorral, y vuela á las ramas, creyéndose fuera de peligro. Algunas veces tambien se hace sentir un ruido debajo de los pies, ocasionado por un reptil que deslizándose por entre los despojos que cubren el suelo, huye ó se refugia

en su agujero, dejando entrever sus repugnantes formas.

Pero ya el sol se inclinaba hacia el horizonte, y millares de animales de toda especie se ponían en movimiento en dirección al río, para aplacar su sed. Las tórtolas eran innumerables, y cada árbol del bosque cobijaba una pareja; á cada paso mío volaban gritando, como para advertir á los pobladores de aquellas soledades que un ser extraño pasaba por sus dominios. Las gacelas, los antílopes, los chacales y otros animales montaraces que no conocía, pasaban delante de mí, ó huían á todo correr al verme. Los animales carnívoros, los más temibles de todos, casi no salen de sus cavernas sino al acercarse la noche; así, cuando veía brillar unos ojos al través de las malezas, ó estremecerse el ramaje, continuaba prudentemente mi camino con las mayores precauciones. Los gritos más extraños resonaban en mi oído, pero cuando buscaba con las miradas los animales que los daban, descubría algunas veces que era un pacífico pájaro, engalanado con el más rico plumaje. No podía dar asenso á mis ojos, y me ponía en acecho para cerciorarme; el pájaro, que parecía admirarse de su magnífico plumaje, se volvía airoso, agitaba sus alas deslumbradoras, levantaba su linda cabeza y entreabría el pico; pero ¿qué salía de él? Un grito horroroso.

Desde que entré en aquel espléndido bosque, marchando de admiración en admiración, de sorpresa en sorpresa, las horas habían transcurrido como minutos; advertí que ya era tarde, y nada me anunciaba el fin del bosque, ni la proximidad del río. ¿Seguía este en aquellas inmediaciones una corriente opuesta á su dirección general? Lo ignoraba. Sabía únicamente que me hallaba en la orilla derecha, y por consiguiente, caminaba de una manera á propósito para ganarlo más pronto posible. Después de andar algún tiempo en esta nueva dirección, desemboqué en una especie de lecho arenoso que me pareció el cauce seco de un torrente, ó un pequeño brazo del río durante sus avenidas. A mi vista, la naturaleza cambiaba de carácter: allí se me presentaba una llanura baja y en parte descubierta, en que crecen yerbas altas entremezcladas de ásperos zarzales de una especie de junco muy alto, que formaban gran número de masas compactas, que se elevaban aquí y allí á 4 metros sobre el suelo. Sobre estas altas yerbas descollaban algunos tamarindos, verdes entonces, y de follaje recortado como las hojas del perejil.

Entre este laberinto de bosquecillos de juncos, serpeaban muchos senderos practicados por los animales, y penetré en ellos esperando me condujesen más allá de la llanura. Después de caminar hasta bastante distancia, me vi obligado á emplear los brazos para alejar aquellas masas vegetales que me lle-

gaban á los ojos, pues solo el fondo presentaba senderos libres. Continuaba esperando que tal espesura se aclarase; pero en breve llegó esta á ser tan compacta, que ya no me fue posible marchar de pie, ni siquiera volver atrás, porque los claros que hacia se cerraban inmediatamente después de mi paso; y cuando buscaba una salida por otra parte, ni aun sabía por donde había venido. Además, ¿para qué retroceder? si tan singular vegetación se extendía á lo largo del río, como era probable, se necesitaba atravesarla en uno ú otro punto. Grande fue, pues, mi apuro.

Examiné por debajo los senderos de los animales, y solo tenían de 80 á 90 centímetros de altura, siendo preciso casi arrastrarse para entrar en tales veredas, y aun esto á riesgo de tropezar con enemigos peligrosos; y allí plegado sobre mí mismo, emparejado, por decirlo así, en aquellas angosturas, ¿cómo defenderme en caso necesario? Pero ¿me era más ventajoso retroceder? Como esto me pareció muy problemático, seguía avanzando, siéndome preciso marchar á la usanza del país, es decir, á gatas. En verdad que mi situación nada tenía de divertida, y no eran pocas tristes las reflexiones que me asaltaban al rozar con mi espalda la bóveda de los senderos. Este modo de andar me fatigó muy pronto, y me detuve para tomar aliento, resuelto á desembarazarme de una parte de mi pequeño equipaje. Entre las aves á que había dado muerte, abandoné dos pintadas y algunas tórtolas que destinaba á nuestra cena, á los pasajeros mis sucesores, y de nuevo emprendí mi camino; continuaba la misma multitud de encrucijadas tortuosas, cubiertas por las yerbas y los juncos, cuyo espesor no dejaba penetrar sino una claridad incierta que no bastaba para hacerme reconocer hacia qué lado estaba el sol, y dirigirme. Mis etapas eran cada vez más cortas, y empezaba á experimentar un estremo cansancio.

Durante uno de mis descansos, resolví deshacerme además de algunos pájaros á que tenía cariño, pero que me prometía reemplazar en lo sucesivo. Habiendo entrado de lado en la espesura, desvié un poco la bóveda de las yerbas á fin de facilitar la llegada de la luz; y á pesar de mi crítica situación, me puse á inventariar aquellos pájaros, entre los que había un mirlo matizado en el vientre, y de punzó en el cuello; dos abejarucos de cabeza y cuello azul-verdoso, y vientre color de rosa, con dos largas plumas en la cola; dos cotorras verdes, y un *kalao-tock*, pájaro manchado de oscuro y blanco, dominando el primer color en la espalda, y el segundo debajo del vientre.

Tomando estaba estos apuntes en mi cuaderno, cuando oí ruido de pasos de animales que se dirigían hacia mí, y suponía que eran muchos, porque sus pisadas, cada vez más perceptibles, eran numerosas. No pude verlos desde mi escondrijo; sin embargo,

por el rumor de sus pasos, que no me parecía ser de garras ó de patas, sino más bien de uñas ó cascos pequeños, sospeché que eran antílopes, lo cual me tranquilizó.

Un poco más lejos creí distinguir, al través de otros ruidos, un murmullo de agua, ó mejor un chapuceo, como si la agitasen algunos animales acuáticos, si bien este ruido no emanaba del lugar á donde me dirigía. Encaminé en el acto mis pasos hacia el punto que él me indicaba, y después de una nueva escursión bastante larga á causa de mi difícil situación, me encontré al fin en la orilla del río.

Mi primer cuidado, después de haberme enderezado y respirado con plena libertad, fue correr al agua para aplacar mi sed, y luego me tendí con deleite en la orilla, pensando en el extraño del camino que acababa de recorrer: camino singular que no esperaba ciertamente hallar en mis viajes.

Examinando la corriente que á la vista tenía, observé pronto que no era el verdadero río Azul, sino uno de sus brazos secundarios, porque no tenía más corriente en el centro que hacia las orillas, y no debía esperar que pasasen nuestras barcas. Esto fue para mí un gran contratiempo, porque verdaderamente necesitaba el reposo y hubiera querido detenerme.

El lugar en que me encontraba era delicioso, y su originalidad tenía mucho de encantador. Largas yerbas se elevaban hasta las ramas de los árboles, y daban al paisaje un aspecto de extraordinaria dulzura; á un lado y otro algunas plantas herbáceas, pequeñas y grandes, ostentaban formas variadas, desplegando sus sueltas hojas; otras, con sus penachos cubiertos de un vello fino y sedoso, se inclinaban en manojos, graciosamente contorneados. Las piedrecillas, cubiertas de arena fina y lisa, se desplegaban á manera de cintas, serpenteando entre el agua y la vegetación, y no parece sino que querían atraer mis pasos. Una balsa de agua tranquila reflejaba todos los detalles de aquellas amenas orillas, y se perdía, dando mil rodeos, en una lontananza vaporosa.

Subiendo el brazo del río á que había llegado, noté que en ciertos lugares el lecho estaba en seco, lo cual me permitía atravesar la isla, para hallarme con más brevedad en disposición de observar la corriente principal que seguían nuestras barcas. Esta isla contenía un bosque rodeado de una faja bastante ancha de yerbas y juncos. Intenté penetrar en ella; pero no tarde en reconocer que iba á tropezar con dificultades del mismo género de las que acababa de vencer con tanto trabajo; pero estas eran peores, porque no solo las yerbas eran igualmente espesas, sino que no pude encontrar ningún sendero practicado por los animales; y á pesar de la escasa anchura de esta zona de hojarasca y juncos, hube de renunciar al propósito de atravesarla. Continué, pues, marchando por

espacio de 2 kilómetros para esperar las barcas, que habían navegado con mucha lentitud, y solo descubrí la primera, todavía á gran distancia. Sentéme, para esperarlas á la orilla del río, debajo de unos árboles corpulentos, en un lugar que una turba de monos acababa de abandonarme.

Estos volvieron poco después, cuando me hube sentado tranquilamente, y no tardé en entrar en buenas relaciones con ellos, porque al verme completamente inofensivo y con las manos vacías, se me aproximaron hasta dos ó tres pasos de distancia, no temiendo nada de mi vecindad. Por otra parte, yo había cazado con tal ahínco por espacio de dos días, que la provisión de pistones que llevaba en mi bolsa se había concluido, y mi escopeta tendida pacíficamente á mi lado, no era en aquellos momentos sino un molesto bastón. Los monos podían, por lo tanto, permanecer impunemente á mi lado, como si fuese un indígena inerme. Sentábanse para observarme más á su placer, entregándose á las pantomimas gesticuladoras que les son habituales, disputaban entre sí, rechocaban los dientes, y pude observar que tienen en su estado natural casi el mismo carácter que les advertimos en la vida doméstica. Uno de ellos, que se hallaba cerca de la boca de mi escopeta, la tocó dos ó tres veces con la mano, como para asegurarse de lo que podían ser aquellos dos tubos de metal; hecho esto, envalentonándose más, se acercó al porta-fusil, y pareciéndole sin duda cosa útil, lo cogió y quiso huir con él; pero como estaba sujeto al arma, y esta era harto pesada, se dió á correr atropelladamente. Habiéndome muchos enseñado los dientes, hice el ademán de tirarles piedras; á este movimiento, hubo un verdadero zafarrancho en mi derredor; algunos monos huyeron á larga distancia, otros se encaramaron en los árboles que me prestaban sombra, dando descompasados gritos; uno, que había seguido de cerca los rebotes de mi piedra, se colocó sobre mi cabeza, deseoso de tomar una pequeña venganza: púsose á sacudir las ramas con todas sus fuerzas, como para hacer caer sobre mí los restos de madera seca que se rompían á sus esfuerzos. Otro, más malicioso, se permitió cierta demasia, cuyas salpicaduras estuve á punto de recibir. A consecuencia de estas escaramuzas, los monos volvieron otra vez, pero se mantuvieron á más prudente distancia.

Los juegos de estos animales me divirtieron bastante tiempo, acaso demasiado tiempo, porque de repente los ahullidos de los animales salvajes me advirtieron que la noche empezaba á estender sus sombras. Un chacal fue el primero que hizo resonar los ecos del bosque con su triste y prolongado ahullido; poco después le respondieron otros desde diferentes puntos de las inmediaciones, y luego cesó todo ruido. Durante su silencio, los animales procuraron reunirse;